

# La música del Reino Unido, una marca indeleble

Juan Antonio Agudelo Vásquez

Inglaterra es, desde tiempos inmemorables, epicentro y cantera de la música en Europa y el mundo. La música es una expresión esencial en el desarrollo de la sociedad inglesa; es en ella donde en distintos periodos y a través de géneros variados aflora el inconfundible humor británico confeccionado con ocurrencias y actitudes distantes de lo obvio o lo predecible. Es ahora cuando compositores del periodo barroco como John Dowland (1563-1626), Henry Purcell (1659-1695) o, aun, el alemán nacionalizado inglés, Georg Friedrich Händel (1685-1759) son rescatados como una ascendente marca, reflejada inclusive en muchas manifestaciones a lo largo de la historia del folk y del pop-rock inglés.

Cada una de las naciones que conforman el Reino Unido aportó distintos elementos desde mucho antes del periodo barroco hasta nuestros días: instrumentos como el laúd, el sentido del *ars nova* reflejado en las técnicas vocales, una diversidad expresiva desde la música celta, la antifona, el carol, los madrigales, la *air music* y un dramatismo escénico elaborado en los estratos populares, depurado más tarde por las elites, dan origen a un estilo operístico singular.

El protestantismo afectó sustancialmente la música inglesa y la condujo por los senderos de un nacionalismo, reverenciado en su momento en la Europa continental, pero

más tarde Georg Friedrich Händel cimentará los puentes para integrar la música inglesa a ideas sonoras más cosmopolitas.

Si bien se sirvió de los aportes continentales, la música de cámara y de teatro inglesa consiguió una identidad que le da vigencia hasta nuestros días. El cáustico humor forjado en la cotidianidad de los pueblos británicos, visible primero en su literatura y luego irrigado a sus gestas musicales, pervive hasta hoy en la música popular, y ni qué decir en la de los compositores británicos del siglo xx, de Edward Elgar a Gustav Holst, de Ralph Vaughan Williams a Benjamin Britten, de Arthur Sullivan a Hubert Parry o Karl Jenkins. El papel protagónico en el *bel canto* por parte de la Gran Bretaña es contundente en el siglo xx. Voces referentes para el mundo de la ópera, como Kathleen Ferrier, Janet Baker, Felicity Palmer, Emma Kirkby, Robert Tear o Bryn Terfel, han cantado el variado legado de la música anglosajona, así como el catálogo más exigente de la ópera alemana, italiana y francesa.

## Folk y rock, identidad del Reino Unido ante el mundo

Si en la música clásica y en la ópera los ingleses pusieron un listón alto en la historia, el folk, el pop y el rock británico dejaron en los últimos sesenta años una



Oscar Murillo, *Oscar Murillo: Distribution Center*, 2014, vista de instalación, The Mistake Room, Los Ángeles, cortesía de The Mistake Room, Los Angeles, Estados Unidos, foto: Josh White/JW Pictures

marca indeleble en todo el mundo. La confluencia de elementos provenientes de los países que integran el Reino Unido y las corrientes sonoras a las que tuvieron acceso como país de inmigrantes y de colonias, les permitió generar una música que pronto se convirtió en el rasgo más relevante de su cultura, al punto de permear lugares remotos y convertirse en la música identitaria de la aldea global.

Hubo un primer sentido de la música folk que abrigó las tradiciones de todas aquellas regiones hasta el surgimiento de la era industrial, cuando la música comienza a inspirarse y a mirar hacia otras circunstancias sociales, muy distintas de aquellos ambientes bucólicos que proponía hasta entonces. A la sazón, emerge la música de salón, las bandas instrumentales bajo distintas configuraciones del folk que van transformándose a lo largo del siglo xx en expresión definitiva de una subcultura. Es en el Reino Unido donde se desarrolla el sentido de comercialización de la música como lo conocemos hoy. En los siglos xvi y

xvii se desarrolla el broadside, baladas que se imprimieron hasta finales del siglo xix, se vendían en hojas y se llevaban a casa para ser interpretadas. Luego vendrían los cilindros y el fonógrafo, los grandes sellos disqueros y el manejo influyente de la industria musical inglesa que es referente en el negocio del entretenimiento.

El jazz, el blues y, más tarde el soul, el rhythm & blues o el funk junto a muchas otras influencias provenientes de sus colonias comienzan a ser acogidas con un sentido particular y una factura propia. Son los ingleses quienes rescatan del olvido y ponen en alto hasta nuestros días todo el legado de las músicas afroamericanas, ignoradas por la discriminación absurda de una América conservadora.

Por supuesto, esto proviene de una contracultura de posguerras, inconforme con el sentido victoriano de la vida y de las percepciones estéticas, rasgo generador del movimiento que concreta el afloramiento del pop y del rock en el Reino

Unido a finales de los años cincuenta. La prensa, la radio, y en general los medios, jugaron un papel decisivo en ello, al propiciar una formación de públicos que permite que hoy se hable del pop-rock como parte de la idiosincrasia musical inglesa, al punto de que las “invasiones musicales británicas” sean paradigmas para las nuevas generaciones de músicos en Norteamérica y el mundo.

## Las invasiones británicas de la música

La primera de esas invasiones, a principios de los años sesenta, fue la de The Beatles, The Rolling Stones, The Who, The Yardbirds, The Kinks, The Animals, entre otros. La clarividencia de estas bandas y un sentido sincrético para asociar sus raíces musicales con las músicas afroamericanas, que para ellos significó una gran revelación, retornan al mundo, primero como un signo de cambio de los tiempos, del sentido de la vida, de lo social y de lo político, pero luego como la carnada de una industria en la que muchos extraviaron su sentido original de estar parados en un escenario.

El rock sinfónico de Moody Blues, de Yes, de Emerson Lake and Palmer, o el rock progresivo de Pink Floyd, King Crimson, Genesis, Hawkwind o Jethro Tull dieron cuenta de una generación de músicos sensibles, formados, bien en ambientes académicos, o en un entorno rico en sonoridades que no negó la posibilidad de fusionar raíces propias e influencias de distinto género. Robert Fripp, David Gilmour y Roger Waters, Peter Gabriel, Rick Wakeman o Ian Anderson no sólo propusieron una inmensidad sonora, sino también una capacidad lírica, teatral y escénica, esquivada en estos tiempos de austeridad creativa.

Si bien el llamado hard rock emanó inicialmente de bandas americanas, son los grupos ingleses Yardbirds, The Who, Led Zeppelin, The Cream, Black Sabbath, Ten Years After, Deep Purple o Uriah Heep los que con su densidad de decibeles escriben una de las páginas más memorables de la historia de este género, convertidos hasta hoy en vigías del heavy metal y de todas sus derivaciones, con nombres definitivos como Mötörhead, Judas Priest, Iron Maiden, Def Leppard o, más recientemente, Venom y Paradise Lost.

## Íconos de una sociedad cosmopolita

David Bowie, influjo ineludible en cualquier concepto de vanguardia en la música del siglo xx, hizo presencia en los escenarios a finales de los años sesenta. Con Bowie nace y muere el glam rock de mayor riesgo, tanto en indumentaria como en capacidad lírica. Al lado del fugaz Marc Bolan de T-Rex, Bowie enciende la llama que fraguó el talento de Freddy Mercury y Queen, de Brian Ferry y Roxy Music, luego de Siouxsie And The Banshees, de The Cure, Bauhaus y, más tarde, de Pulp, Suede o Placebo.

La presencia escénica de Bowie se apoya en su capacidad, sin precedente, como cronista y poeta para ficcionar la sociedad inglesa. Su vigoroso sentido del humor, rasgo de su temperamento británico, es, en parte, el detonante del surgimiento del punk, el post punk y la new wave inglesas. Sin Bowie hubiera sido impensable la existencia de The Damned, de Siouxsie Sioux, o más tarde de Peter Murphy de Bauhaus, de Robert Smith, de Ultravox, de Gary Numan o de Morrissey, quienes encontraron una voz auténtica en la magnificencia de sus personajes y música irrepetible.

Peter Hamill, figura más periférica que Bowie, pero no menos importante, devela en su música esa impronta tan inglesa por la exploración de nuevos caminos. Cada uno de sus álbumes, tanto con Van Der Graaf Generator como en solitario, es, en muchos casos, la conexión para entender el desarrollo de un rock más arriesgado; álbumes en los que inclusive Johnny Lyndon de los Sex Pistols encuentra su inspiración.

Nick Drake, fallecido a principios de los años setenta, en la cúspide de un talento afectado por su pánico escénico y el ruido del fenómeno beat, condensó en tres álbumes la dimensión de su poesía y su canto que le bastaron para ser fuente de inspiración capital de las figuras más representativas del folk rock actual.

## El rastro de un susurro estridente

La Velvet Underground, fundada en parte por el galés John Cale, voz vigente y clave de las músicas experimentales, abona el terreno para lo que fuera a finales de los setenta otra de aquellas invasiones memorables de la música británica. La Velvet prodiga en el inconsciente colectivo de escuadras como Sex Pistols, Damned, The Clash, Siouxsie and the Banshees, entre muchas otras, los elementos narrativos y sonoros para la crónica de una Inglaterra inconforme, la de un futuro incierto que se posó sobre Gran Bretaña con indolencia y falta de oportunidades que emanaban en cada esquina, las mismas donde estuvo el punk con su crudeza y sus dos acordes cantando la malevolencia de quienes generaron aquel trago amargo.

El punk fue un susurro estridente de dos años, pero su estela alcanzó para nutrir el llamado post punk, la new wave, el



Oscar Murillo, *The Cleaner's Late Summer Party with Comme des Garçons*, 2012, performance, Park Nights / Serpentine Gallery, Londres

grunge, el gothic y muchas variaciones que aún hoy intentan hallar un nombre propio. De allí provienen voces tan diversas como Elvis Costello, The Police, Bomtown Rats, Billy Idol, y otros más aventureros como Bauhaus, The Smiths, el escocés David Byrne, líder de los neoyorkinos Talking Heads, o los mismos The Auteurs.

Pero de todos ellos, fue Ian Curtis, de Joy Division, quien con sólo dos álbumes se convertiría en figura reverenciada, y, a pesar de los múltiples intentos de clonación que en los años posteriores a su muerte pretendieron muchas agrupaciones, su equilibrio entre un sonido caustico, lúgubre, poético y de tensión no ha tenido sucesor.

Brian Eno, por su parte, es otra figura angular de la música inglesa. El conjunto de su obra es la confluencia de arte sonoro, referentes clásicos de vanguardia y elementos de las artes plásticas; en suma, el fundamento de la música tecno más elaborada.

Bien sea por el comando de sus teclados y su voz o por sus incursiones como videoartista, Eno es uno de los músicos más solicitados desde hace décadas para la producción de muchos artistas que intentan configurar un sonido propio.

Otra variante sonora que el Reino Unido, junto con los alemanes, llevó a su máxima expresión fue la llamada música industrial: suma de experimentaciones a partir de aparatos, o inclusive de objetos impensados y cotidianos que se sofisticaron con el tiempo. Cabaret Voltaire, Throbbing Gristle o Test Dept se convirtieron en la voz de ambientes marginales, de sanatorios y psiquiátricos, de la urbe inmovible, de la enfermedad y de las minorías, además de abonar el terreno para bandas emblemáticas como Depeche Mode o Art of Noise.

Oasis y Blur fueron el postín del llamado britpop en los noventa, década que tuvo muchos otros nombres cuya apuesta iría más allá de los trucos mediáticos; tal es el caso de Radiohead, capaces de reinventarse en la mayoría de sus álbumes, un riesgo comandado no sólo por Thom Yorke sino por el genio anónimo de Johnny Greenwood, músico de conservatorio respetado por clásicos como Krzysztof Penderecki y Steve Reich.

Para los noventa, el pop-rock británico ya había asimilado la magnificencia de un Elton John, el poder melódico de Fleetwood Mac y el virtuosismo de Dire

Straits. Se superan ecuaciones predecibles como Duran Duran, Eurythmics o Human League, y se consolidan apuestas de riesgo como el catálogo del sello inglés 4AD con Dead Can Dance y Cocteau Twins a la cabeza, Stone Roses, Stereolab, Primal Scream, The Jesus and Mary Chain, Underworld o Chemical Brothers.

Otros fueron los influjos del llamado trip-hop, un sonido en el que confluyen el hip hop, el jazz y el rock, que encontraría en Tricky, Massive Attack o Portishead su rúbrica inconfundible. Pero éste también es el tiempo de la sobriedad neorromántica de Tindersticks, de la frágil sensualidad de Amy Winehouse y de la sesuda agudeza de una artista imprescindible como Polly Jane Harvey, continuadora de algún modo de lo que en su momento hiciera Marianne Faithfull y Kate Bush, voces enigmáticas y faros que aún hoy guían el discurrir de un sector importante de la música británica.

Estos son los tiempos de la encrucijada creativa en la que Arctic Monkeys, Muse, Franz Ferdinand, These New Puritans, The Horrors, XX, King Krule o Florence and The Machine procuran nuevas salidas para la música inglesa. Pero su hegemonía no se detiene: a medida que nos adentramos en el siglo xxi, el listín de solistas y grupos aumenta con el riesgo de extraviar nombres definitivos cada vez que se intenta abordar su historia pasada y reciente.

Juan Antonio Agudelo Vásquez es Comunicador Social-Periodista y actualmente se desempeña como coordinador del área de Extensión Cultural de EAFIT. Melómano y crítico de música, dirige el programa Colección privada en la Emisora de la Cámara de Comercio de Medellín. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.